

El que no tiene cabeza...

“Le juro que el Manu no tiene maldad, sólo es un niño inquieto, pero esa tampoco es su culpa, es herencia del sinvergüenza del padre. Yo sé que no puede estar un minuto quieto y menos callado. También sé que es de hablar fuerte, pero capaz que no es para hacerse notar como usted piensa. Vivimos con la abuela que es sorda, y hay que hablarle a los gritos para que nos escuche. Lo que me dijo del carácter fuerte se lo tengo que reconocer, pero ha tenido que hacerse así para que no lo pasen por arriba en la cancha. ¡Hay cada jueces!”

La madre ofrece su testimonio ante la maestra y se compromete a hablar con Manuel. Da su palabra de que intentará bajo todo los medios, convencerlo de que preste atención, se quede sentado y aprenda. Pero en el fondo, en lo más profundo de su ser a ella no le importa cómo se porta su hijo en la escuela, o si es más o menos instruido. Ella, en cambio, está segura de una sola cosa: él va a ser futbolista. No puede ser de otra manera.

Es un iluminado de la cancha. Con tan sólo ocho años, ya se destaca, posee un don. Es capaz de hacer lo que quiera con la pelota: llevarla, amagar, meter un caño, distraer con un sombrerito, patear de chilena, cabecear al ángulo, pararla con el pecho o tocarla de taquito. No se ha visto cosa igual.

“A Manuel no le esa yendo bien en clase. No hay reto ni penitencia que le haga efecto por más de veinticuatro horas. Es porfiado, rezongón y a veces ronda el límite de lo atrevido.

Manuel no está aprendiendo, no estudia y tampoco hace los deberes. En lo único que piensa y de lo único que habla es sobre fútbol. Desespera cuando se acerca la hora del recreo y es el primero en pararse y sacar la pelota de adentro de la biblioteca, para salir corriendo con ella bajo el brazo, sin mi permiso. Espera que el resto de sus compañeros llegue tras él, y paradito en el medio de la cancha improvisada, aguarda que marquen los arcos con las camperas, mientras domina la pelota y se jacta de que ningún otro puede imitarlo”.

La maestra está preocupada, y se irrita al ver el rostro sonriente y hasta orgulloso de la madre, mientras escucha su relato.

“¿Qué le voy explicar esa maestra? Nunca va a entender que no hace los deberes porque tiene práctica, o que baja antes al patio porque es más rápido que sus compañeros. ¡Si solo hubiese visto el gol que hizo el último partido! Yo si lo estaba mirando. Prendida del cerco pude observar cómo eludió a los defensas y sacudió la red pateando la pelota de zurda. Después me dedicó la hazaña, mientras yo le dibujaba un corazón con ambas manos como agradecimiento”. Piensa la madre mientras escucha el discurso de la mujer de túnica blanca, de la que no se acuerda ni el nombre.

Pero no peca de ignorante, y tiene bien claro que nadie podrá domesticar a su hijo, porque así son los genios.

“El que no tiene cabeza, tiene que tener buen pie”. Sentencia la mujer justificando con presunción a su retoño, ante el rostro indignado de la educadora. Ya le he mencionado varias veces al Manu esa frase, siendo aún más pequeño, cuando llegaba a la casa llorando porque no sacaba buenas notas, o cuando había visitado la dirección debido a su conducta.

“Manuel seguro va a ser futbolista. Quien sabe si no termina llevando a toda la familia a pasear por Europa”. Afirma una vez más, totalmente convencida.

Todo lo mal que le va a Manuel en la escuela, lo compensa en el baby fútbol. La cancha es su segunda casa. Allí se desenvuelve con propiedad y espera con ansias la hora del partido. Entonces no lo para nadie, se luce, se mueve hasta con elegancia. Cuando no puede con una jugada, es capaz de simular perfectamente una caída. Es el mejor revolcándose en el pasto mientras se señala el tobillo aparentemente golpeado y se hamaca sobre sí mismo, con las piernas arrolladas sobre el pecho. Se destaca con su prolijidad para renegar e incluso conoce exactamente cual es la mejor cara de sufrimiento que tiene que actuar, para volver a los dos minutos al césped recién cortado, a seguir dando cátedra en su puesto, como si nada hubiese sucedido.

Sin embargo, las prácticas son otra cosa, porque a Manuel no le agrada mucho que le digan lo que tiene que hacer. Él ya lo conoce todo. Así que si el técnico se pone muy exquisito, pega media vuelta y desaparece. Sabe que el sábado jugará sí o sí, aunque se retobe, o se porte mal.

Nunca he visitado el banco El técnico lo necesita. Él es el mejor de su cuadro y saca el equipo adelante. Patea los tiros libres, los córner y por supuesto los penales. Es capaz de llevarla desde su arco hasta el contrario, y por si fuera poco hacer el gol.

“El que no tiene cabeza, tiene que tener buen pie”. Le comenta el entrenador a la madre, refiriéndose a Manuel, uno de los tantos días que se fue enojado, sin avisar a nadie. “¡Cuidalo! ¡Que no se vaya a enfermar! Mirá que el sábado la vamos a tener complicada... Que coma mucho fideo y venga inspirado”. Recomienda el veterano.

Manuel cumple 12 años y nada ha cambiado mucho, excepto que él sigue en la escuela y la mayoría de sus compañeros han pasado el liceo. A veces se siente triste, otras veces se enoja. Pero todo continúa revirtiéndose en la cancha. Él sigue siendo la estrella. Todos se la pasan y él no la toca con nadie. Puede solo.

Entonces llega la tan esperada noticia. Un club de la capital lo invita a jugar y Manuel siente que va a tocar el cielo con las manos. La madre hace un gran sacrificio y pide colaboración a los vecinos para poder mandarlo a practicar. Les cuenta lo amargado que ha sido su pasaje por la escuela y lo feliz que es cuando juega al fútbol.

“El que no tiene cabeza, tiene que tener buen pie”, asegura una de las vecinas, a las que Manuel le rompe las plantas a pelotazos a la hora de la siesta, y colabora con la causa sin pensarlo, metiendo un billete verde bien dobladito en la ranura de una caja de zapatos, improvisada como alcancía.

El Manu viaja. Llega. Pisa la cancha. Observa a sus nuevos compañeros. Son muchos y para su sorpresa, todos buenos con el balón.

Se compara. Los ve como contrincantes. Siente que debe superarlos. Él es el mejor. No pasa mucho tiempo que ya está de vuelta en casa. “No crece y no hace caso. Además, no sabe trabajar en equipo”, explica con voz agria y seca la misma persona que un tiempo antes, tan amablemente, lo invitó a jugar en Montevideo, le regaló un equipo deportivo con los colores del cuadro y pasó a buscar por el pueblo en un ómnibus lleno de gurises.

Manuel no tiene consuelo, aunque todos aseguran que ya habrá mas oportunidades. Se lo ve desilusionado.

Su madre no pierde las esperanzas de que alguien lo vea jugar. Pero él sigue cumpliendo años, aunque su cuerpo no se entere. El liceo no le gusta. No entiende lo que los profesores enseñan. Sus

compañeros son más pequeños, se ríen por cualquier pavada y a veces le dicen “abuelo”. El recreo es muy corto para jugar al fútbol y el patio muy chico. Manuel se enfurece mucho y constantemente busca pelea. Ya no lo admiran tanto; mas bien, sienten miedo.

En su casa tampoco le tienen tantas contemplaciones como antes y su madre ya le ha avisado que si no estudia debe ponerse a trabajar. Ella necesita ayuda. Con su sueldo y la insignificante jubilación de su abuela, no alcanza siquiera para comprar la comida. Lo único que todavía enciende a Manuel es ir a jugar al fútbol. Ha llegado a la sub diecisiete del cuadro de sus amores y le orgullece vestir esa camiseta. La cancha le sigue pareciendo enorme y más aún el arco. Todavía no crece tanto como sus compañeros, pero sigue llevándose muy bien con su mejor y única amiga, la pelota.

Sin embargo, se ha vuelto ms sensible. Constantemente se enoja, discute, atropella, no piensa.

Encara, empuja, pelea. Roja. Afuera. El técnico lo llama, le habla, pero el Manu no entiende lo que le dice. “¡Próximo partido, al banco! ¡Usá la cabeza!”, grita el hombre enfurecido señalándose el cráneo con desesperación. Manuel se ríe. Ironiza. No le cree nada. Él no tiene cabeza pero tampoco va al banco. Él tiene buen pie.

Manuel sigue creciendo pero no siempre juega. A veces pasa los noventa minutos apoyado en el material gris, duro y frío del banco de suplentes. El invierno se sufre más allí sentado. Dejó el liceo. No tiene cabeza. Los años corren y aquel supo de antaño se desdibuja, se apaga. Manuel se siente engañado.

Mientras, en una esquina del barrio, una anciana observa a ambos lados de la calle hasta que logra cruzar. Camina con cuidado de no caer, hasta el almacén mas humilde y desprovisto que se ha visto en los alrededores. El único que permanece abierto la mayor parte del día.

Se acerca al vendedor, un viejo parco y cascarrabias, y le pide harina. El hombre asiente sin mirarla, y continúa sumando números escritos en papel de estraza, tecleando la calculadora. Le hace señas al empleado. Manuel lo ve y suelta de inmediato la escoba. Sale a toda la velocidad a cinchar con la bolsa traída desde el molino, para separar un sólo kilo, usando una balanza electrónica. La mujer se le aproxima, con desconfianza, a controlar el procedimiento.

“Voy a hacerle tallarines al nieto. Hoy tiene partido del baby. ¡No sabes cómo juega!. Comentan que es un genio. En la escuela no le va muy bien. Pero es como todos dicen, el que no tiene cabeza, tiene que tener buen pie”. Explica la dopa al joven, buscando motivo de charla.

Manuel se retuerce detrás del mostrador apenas escucha la frase. Aún le duelen esas palabras.

Haciendo un gesto de negación con la cabeza, saca la bolsa con harina de la balanza, le hace varios nudos y se la alcanza a la mujer de manos arrugadas. Permanece callado esperando ansioso que se vaya. Ya casi es la hora.

Cuando el almacén queda en penumbras y en absoluto silencio, Manuel pide permiso al patrón y enciende la radio. Cierra los ojos y apoyado en la estantería mas alejada de la puerta de entrada con devoción mientras imagina, con una sonrisa clavada en los labios, que es él quien lleva la pelota.

Natalia Fernández